

UNA VIDA: MUCHOS LEGADOS

Lucía Lionetti¹

Domingo 21 de noviembre, 20:17 horas. Un mensaje de texto breve: «Se fue... Olga se fue»; nota corta que fue una de esas puñaladas certeras de la vida. No podía ser su ausencia tan prematura. No podía quedar trunca una vida con tanto para dar. La colega, la compañera de más de treinta años de trabajo compartido, nos dejaba de forma inesperada. Ahora podía comprender al querido Juan Carlos Garavaglia, cuando en su última visita al IEHS, comentó lo mucho que le costaba visitarnos porque le hacía recordar una ausencia, esa que le dolía en el alma como el primer día: la de su amigo de la vida Juan Carlos Grosso.

A pesar de que Olga Echeverría ingresó a la universidad cuando quien suscribe estas líneas se recibió, la vida académica nos permitió encontrarnos en el trabajo y en el profundo afecto, de ese que se construye más allá de las diferencias etarias, de ideas y de trayectorias. Fue la compañera de más de treinta años con la que integramos el equipo docente de la asignatura Historia Social General. Nos conocimos en cada gesto, en cada palabra, sabíamos con solo mirarnos qué decir y cómo actuar. Juntas nos formamos en la docencia con Susana Bianchi. Olga contó, además, con el acompañamiento de Susana en su formación como investigadora, relación que superó con creces lo laboral para encontrarse en el afecto y el respeto intelectual mutuo.

En esos derroteros, como docente y también en la investigación, fue posible que, muchas veces, como fundada excusa para coincidir, pudiéramos organizar encuentros académicos, compartir viajes y –lo más valioso– una relación de afecto y de amistad durante estos años. Era tan movilizadora y valiosa la llaneza de ese encuentro. Lo disfrutábamos mucho. Como todos/as quienes lo hicieron cuando la vida y la profesión te permitía encontrarte con Olga.

Tanto compartido y tantas emociones cruzadas no permiten hallar las palabras justas, precisas, atinadas que hagan justicia a la hora de despedirla. Escribir este obituario en el cierre de un número más del *Anuario IEHS* es, sin dudarlo, la tarea más difícil, ingrata y dolorosa que se puede experimentar. Cómo escribir una semblanza de alguien que se admira, se aprecia, se valora y se quiere cuando ha partido. Este año –como lo hizo desde que se convirtió en Directora del *Anuario IEHS*– trabajó de modo intenso, creativo y en forma conjunta y horizontal con todo el equipo de edición para entregar un nuevo número de la revista. Aun en ese proceso de deterioro de su salud, no dejó de estar atenta y preocupada por finalizar esta nueva edición. Su herencia es esa: el

1 Universidad Nacional del Centro, Argentina.

compromiso, la cordialidad, el respeto y la consideración por cada uno/a de los/las que trabajamos junto a ella. Fue su modo de entender, promover y practicar el trabajo, ese juntos/as a la par.

Cómo despedir a quien enseñó, produjo conocimientos, participó de instancias de gestión institucional –siempre *ad honorem*– y formó recursos humanos con una auténtica vocación. Deja una huella profesional clara y contundente. Además, su intensa vida deja otro legado, el de la militancia, aquella que la tuvo como protagonista habitual en las calles de una ciudad conservadora, pueblerina y elitista; tan parecida –en muchos de sus rasgos colectivos– a esos actores que conoció en sus sensibilidades como investigadora. Su lucha por los derechos humanos, en contra de la dictadura y a favor de una sociedad más justa la convocaba, afirmando y renovando su convicción ideológica. Fue conocida como la “guardiana de las baldosas”, esas que en las esquinas de Tandil guardan la memoria de los/las desaparecidos/as de la última dictadura.

En estos días en los que también lamentamos la temprana pérdida de Almudena Grandes, quien, desde su apabullante y prolífica pluma como escritora, consiguió dar vida a muchas historias silenciadas por la represión de la dictadura franquista, Olga también tuvo como hilo conductor de su vida profesional y su militancia esa denodada lucha para que, en nombre de la reconciliación y la pacificación, no dejara de resguardarse la memoria de ese pasado trágico de nuestra sociedad. El olvido, como creía firmemente, implicaba un alto costo para nuestros tiempos presentes. Por eso, ese paralelismo entre ellas, incluso en sus posturas feministas, de ningún modo resulta forzado.

No se puede disociar en ese trayecto vital de Olga el puente que tendió entre lo profesional y su militancia, a la que tempranamente abrazó desde la recuperación de la democracia. Ingresó a la vida universitaria, a esa universidad pública que tanto defendió, cuando la carrera de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Centro comenzaba un proceso de profunda transformación. Fueron los tiempos de normalización, en los que se definió un rumbo académico en la formación con la presencia de docentes e investigadores que fueron referentes de nuestra historiografía nacional. Fue en ese contexto que Olga se destacó como alumna de la carrera de Historia y, también como una ferviente representante de los intereses de sus compañeros/as estudiantes. Su vocación la llevó a definir con meridiana claridad cuáles eran sus empeños a la hora de trazar su derrotero en la investigación y la docencia. Dio su paso inicial con la definición de su tema de tesis de licenciatura. Si bien el momento político ponía el tema de la dictadura –y la violación de los derechos humanos– como una cuestión nodal en la agenda de la sociedad argentina, no parecía ser oportuna como problemática que se pudiera abordar desde la Historia. Tal como se aducía, era una cuestión demasiado presente para abordarla con un riguroso criterio histórico. Sin embargo, su convencimiento, tenacidad y claridad hizo posible que esa tesis de licenciatura se concretara y fuera reconocida como un aporte valioso.

Llegaron los tiempos del CONICET y su formación doctoral. Para acceder a una beca debía redefinir su tema de investigación. No estaban dadas las condiciones para

volcar sus intereses por la historia reciente. Supo, entonces, dar un giro que, finalmente, no la alejara de aquello que la interpelaba. Si su viaje temporal la llevó a los años treinta del siglo XX, lo hizo sabiendo por qué y para qué quería estudiar a esos sujetos sociales objeto de su investigación. Esos intelectuales de derecha fueron la expresión cabal de la génesis de una cultura política autoritaria y antidemocrática que marcó a fuego y sangre nuestra historia. Su aguda sutileza para estudiar a esos actores, aquellos que –cada vez que los leía– no dejaban de herir su sensibilidad, la llevó de modo muy anticipado a plantear las incertidumbres, los temores, los sobresaltos, los miedos de una derecha a la que lejos estuvo de considerar sólo como la expresión de un nacionalismo acendrado. Una y otra vez los leyó, indagó en sus palabras, en la entrelínea de sus argumentos, en cada acto del habla y pudo captar precisamente esas emociones –hasta de tenor estético– en contra de esa otredad que los atemorizaba, por eso habló de *Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo xx* (2009), libro que, tal vez, hoy deba ser revisitado, a la luz de los aportes del campo de la historiografía en boga en estos tiempos.

Pero aún más. Tempranamente vio a esos intelectuales de las derechas en un cruce con los enfoques de género. Entre tantos sobresaltos e incertidumbres que experimentaron también inquietó a esas masculinidades en crisis la irrupción de lo femenino. De un modo tal vez iniciático, juntas pudimos dialogar y concretar un trabajo en el que dábamos cuenta de la controversia entre Gálvez y Lugones, a partir de la novela *La maestra normal*, de esa amenaza que percibieron contra el orden “natural” de las cosas.

No interesa en este acotado recorrido reconstruir su trayectoria pero vale señalar que Olga había encontrado su momento más pleno en el ámbito profesional. Su encuentro académico, pero también personal, con sus queridos amigos y colegas Ernesto Bohoslavsky y Daniel Lvovich le dieron la seguridad y el acompañamiento necesario para afianzarse y poder explayarse en toda su inspiración y creatividad. Su derrotero profesional en estos últimos años la proyectó y la convirtió en una referente indiscutida de los estudios sobre las derechas e intelectuales autoritarios, incluso pudo avanzar en estudios comparados con las derechas de Uruguay. Ese reconocimiento la impulsó a promover una serie de redes y proyectos, entre ellos, ese proyecto que puso en valor nuestra historia local y, de modo particular, de la Universidad Nacional del Centro en los tiempos de la represión y la transición democrática. Era éste una búsqueda por reconstruir la memoria colectiva, que se cristalizó en la recuperación archivos escritos, inéditos, registros orales y fotografías de nuestra comunidad, en un trabajo conjunto y amoroso con Luciano di Salvo, Florencia Ramón y Lucas Bilbao. Todos esos proyectos, sus tesis de licenciatura, doctorales y de CONICET quedan como testigos del incansable trabajo de su directora en pos de tejer puentes entre la Historia y la Memoria. La desolación y el desconcierto de estos primeros días dará paso a la continuidad, a la producción y al compromiso que compartieron junto a su Maestra. La experiencia de años muestra que la enseñanza, el acto pedagógico de formar, reside, más que en las palabras, en los gestos y las actitudes. Olga deja esa “herencia inmaterial”.

Creativa, sensible, comprometida, profesional, tenaz y con un sentido del humor agudo que nunca olvidaremos. Muchas anécdotas permiten que la recordemos con una sonrisa cuando repasamos sus dichos o, incluso, hasta podemos imaginar lo que pudo haber expresado en su clave de humor punzante e ingenioso.

Sin vueltas, Olga fue buena gente. Su gran fortaleza, el sello indeleble de su trayecto vital que marcó “su” lugar en el mundo, fue su exquisita sensibilidad; la que nos permite valorarla como docente, como investigadora, como militante, como compañera, como incansable lectora, amante de la poesía y la música –la de Spinetta, la de Gabo Ferro, la de Fandermole, la *Negra* Sosa, Liliana Herrero y de su querido compañero de vida Apolín, entre tantos y tantas más–. Pero fue también esa marcada sensibilidad la que la hizo vulnerable. Tantas injusticias, violencias y desigualdades repetidas, esas de las que pudo dar cuenta en su relato de la Historia, también las experimentó en sus caras más cotidianas. Tal vez, en estos tiempos donde cierta prudencia y moderación se potenció con la incontinencia, fue demasiado para soportar. De muchas maneras nos advirtió que esta realidad le hacía daño, que hacía mella en su salud emocional y física. No nos dimos cuenta cuánto y de qué modo.

Hoy la tristeza puede más en este escrito. El tiempo permitirá que el dolor dé paso a la celebración de una vida plena que deja muchos legados para que las generaciones más jóvenes puedan seguir transitando; modo de comprometerse con la vida, la profesión y la amistad; de entender a los/as otros/as, aun aquellos que están en las antípodas de nuestras convicciones y creencias. Esa herencia que nos permita saber comprender como lo hizo Olga que, cuando reaccionan apelando a las violencias en sus diversas formas, lo hacen, al decir de su admirado poeta y cantante brasileño Lenine, porque:

Tienen miedo del amor y no saber amar
Tienen miedo de la sombra y miedo de la luz
Tienen miedo de pedir y miedo de callar
Miedo que da miedo del miedo que da

Tienen miedo de subir y miedo de bajar
Tienen miedo de la noche y miedo del azul
Tienen miedo de escupir y miedo de aguantar
Miedo que da miedo del miedo que da

El miedo es una sombra que el temor no esquiva
El miedo es una trampa que atrapó al amor
El miedo es la palanca que apagó la vida
El miedo es una grieta que agrandó el dolor

¡Por tanto y por siempre, gracias, Olga!